



# LA BELLEZA ES VERDAD

RETROSPECTIVA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL

# LA BELLEZA ES VERDAD

RETROSPECTIVA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL



2019

**Edita:**

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS  
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

**Textos:**

Antonio Pulido Gutiérrez	Juan Pasquau
José Cosano Moyano	Antonio Gala
Ángel Aroca Lara	Francisco Zueras
Miguel Clementson Lope	Ricardo Molina
Antonio Enrique	Luis Quesada
Carlos Clementson	Mario Antolín
Manuel Gahete	Marrugat
Rafael Mir Jordano	Pablo García Baena
Mercedes Valverde Candil	Vicente Núñez
José M. <sup>a</sup> Palencia Cerezo	M. <sup>a</sup> Luisa Rodríguez Muñoz
Fernando Serrano	Ramón Gaya
Dionisio Ortiz Juárez	Friedrich Nietzsche
Juan Rejano	Wladislaw Tatarkiewicz

**Comisario de la Exposición:**

Ángel Aroca Lara

**Coordinación Catálogo:**

Miguel Clementson Lope

**Edición fotográfica y fotografía:**

Belén Galán Arranz (belgaarranz@gmail.com)

**Fotografía:**

Diego Hidalgo, Piedad Aroca, M. Clementson

**Montaje:**

Óscar Moreno Plaza  
Antonio Moyano Parras (CFGs de *Mobiliario* / E. A. "*Mateo Inurria*")

**Diseño Gráfico / Maquetación:**

Isabel Pérez, M. Clementson

**Impresión:**

Mario Galán

**Dep. Legal:** CO 1656-2019

**ISBN:** 978-84-09-15246-9

## UN HIDALGO CON VOCACIÓN DE PINTOR

Ángel Aroca Lara  
Comisario de la exposición

Un año más amanece septiembre y estoy en la azotea de Iznájar. Avanza la noche y el firmamento es un espectáculo rotundo, sin otro artificio que el transitar esporádico de los aviones que van hacia Málaga o escapan de la vorágine de la costa. Como cada año, mi natural contemplativo me invita al deleite del dulce abandono sin más inquietud que llenar mis ojos de estrellas. No obstante, la luna creciente se enseñoorea en el cielo y me recuerda que he de abordar sin más dilación el texto del catálogo de la exposición de Juan Hidalgo del Moral, programada para el próximo octubre por la Real Academia de Córdoba en la sala de la Fundación Cajasol.

El año pasado me ocurrió lo mismo con la muestra de Emilio Serrano, es como si mis amigos pintores buscaran la complicidad de Selene para dar al traste con el letargo estival. En fin, es mí sino, ha llegado septiembre, estoy en Iznájar y los cuernos de una luna de plata –como la que sirve de escabel a las Inmaculadas de Cano o Murillo– apuntan a Granada, de cuya Academia de Bellas Artes es también miembro Hidalgo del Moral. Ha llegado el tiempo y, aunque cada vez me cuesta más escribir pues ahora ando en otras cosas, he de ocuparme de dicho pintor cordobés, que es además de esos amigos excepcionales que dignifican la amistad.

Nos ha llevado meses perfilar la selección de los lienzos que habrán de exponerse pues, dadas las dimensiones de la sala, la abundancia de obras y el tamaño de las telas, hemos necesitado poner especial empeño en este asunto. Cuántas veces ha sido menester he acudido al estudio del maestro en el barrio del Alcázar Viejo, a un tiro de piedra de mi obrador, que se alza en el solar del antiguo huerto del cenobio de los Basílios.

Siempre ha sido grato traspasar el umbral del estudio de Juan Hidalgo del Moral, pues tras el escueto zaguán se abre el oasis de frescor de un patio neomodéjar realmente deleitoso, donde la

sensibilidad del pintor aflora por doquier. En él se amalgaman los restos del pasado esplendor de Córdoba, desde los dentellones de la cornisa jónica al ataurique de los pabellones islámicos. Bajo el llanto undoso de la Magdalena la talla de un león tenante flanquea el peldaño de acceso a una escalera angosta –su puerta oculta tras un lienzo de la Virgen del Carmen– que nos lleva al *sancta sanctorum* del artista. Allí, junto al caballete, el sillón frailerero en que hemos posado sus retratados. En derredor, invadiéndolo todo, un sinfín de lienzos que aprisionan notables destellos creativos y miles de horas de oficio. Unos ángeles lampadarios descomunales, que alguna vez se han colado en los cuadros, acaudillan la legión de mascarillas, manos y maniqués que utiliza el pintor en su diario quehacer. Él se mueve como pez en el agua en su desorden y sabe dónde está cada objeto y cada lienzo, pero el ojo transeúnte recibe el impacto desasosegante del caos y le resulta difícil apreciar la obra de Juan Hidalgo, pues todo se amontona y unas pinturas ocultan otras. No tengo duda de que este obrador caótico donde los lienzos se apilan por doquier en equilibrio inestable es reflejo del amor desmedido del artista por la plástica, de su disciplina y capacidad de trabajo.

Al ir desplegando los cuadros no fue infrecuente ver una tela que, pese a resultarme familiar, no reconocía. El pintor me aclaró que tal confusión se debía a su anhelo de perfección –él no lo dijo así, pero es eso–. Efectivamente, no es raro que el pundonor del maestro le lleve a volver sobre lienzos antiguos para corregir, quitar o poner, convirtiéndolos ocasionalmente en cuadros nuevos que eclipsan los anteriores. Pienso en una de las obras que habrá de exponerse, en cuyo fondo y tras un vitral lucía en origen un espléndido paisaje urbano de Córdoba, ahora oculto parcialmente por unos personajes que, pese a no haber sido invitados en primera instancia, irrumpieron en la reunión más tarde.

Tras su jubilación voluntaria en 2003, año en que hizo el cartel de la Semana Santa de Córdoba, Juan Hidalgo del Moral vive un apasionado idilio con la pintura. Se acabaron las citas furtivas, los encuentros fugaces, las ausencias forzadas por su dedicación a la docencia. Ahora pinta diariamente, a veces mañana y tarde. La pintura fue del pintor desde su más tierna infancia y al fin puede entregarse a ella sin reservas. Las paredes del obrador de San Basilio son testimonio de esta pasión que, a juzgar por sus frutos, se me antoja intensa y tumultuosa. El estudio –ya lo hemos dicho– siempre está revuelto: la obra menor –dibujos, bocetos, proyectos, ...– que no halla acomodo en carpetas y cajoneras se amontona en las mesas hasta el desbordamiento y los lienzos –la mayoría de gran formato– cambian de sitio con frecuencia y hasta de aspecto ocasionalmente, dejando constancia de que es frecuente su paso por el caballete para un chequeo periódico.

Juan Hidalgo es sin duda un pintor de acendrada vocación, circunstancia que no ha concurrido siempre en los más grandes. Y recordamos el desplante airado de Velázquez a Inocencio X, cuando devuelve sin miramientos la cadena de oro que le enviara el Papa al concluir su retrato, *haciendo saber* –nos dice Ortega y Gasset– *que él no es un pintor, sino un servidor de su rey, al cual sirve con el pincel cuando recibe orden de hacerlo*. Es éste un gesto solemne con el que Velázquez repudia el oficio de pintor, pues realmente el autor de *Las Meninas* –abunda Ortega– no fue un pintor vocacional sino un cortesano con delirios de hidalguía que utilizó sus dotes naturales para conseguir el favor real y escalar puestos en la Corte. Si en opinión del referido autor el gran Velázquez fue un gentilhomme que, de cuando en cuando y porque se lo ordenaban daba unas pinceladas, nuestro artista es un Hidalgo que ha pintado todos los días de su vida sin obedecer otro mandato que el de su instinto.

La inquietud estética del maestro nació con él y fue alentada desde la infancia en un hogar matriarcal de mujeres sensibles que bordaban, dibujaban o pintaban en un tiempo sin televisor. Con estos mimbres llegó al colegio donde ejercía Rafael Benítez del Rosal, maestro vocacional tras el que se agazapaba

un artista, que puso sus saberes al servicio de sus alumnos y mostró especial empeño en que no se perdiera ningún talento. Este hombre culto, sensible, divertido, iconoclasta, hipocondriaco y amigo de los poetas y plásticos del Grupo Cántico, que nos dejó hace unos meses, fue crucial en el camino vital que habría de recorrer Juan Hidalgo con tanto acierto y aprovechamiento. Rafael Benítez, que fue nuestro amigo y hoy lamentamos la orfandad reciente de su amistad, condujo los pasos de Juanito –así solía llamarlo– a la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba y, como ya apuntaba maneras, fue Premio Extraordinario de su Promoción.

Debí conocer a Juan Hidalgo a su vuelta de Úbeda, a principios de la década de los ochenta. Venía con el bagaje plástico de sus obras de juventud, que unas veces denotan el apego a las enseñanzas de la Escuela Superior de Bellas Artes, en su preocupación por los pliegues y las calidades de las telas, y otras dejan ver el influjo del post-cubismo ornamental y la búsqueda de su estilo personal.

Ya en Córdoba el pintor se interesa por el mundo del flamenco y los personajes gongorinos, aparecen los toreros, los costaleros –que habrán de llegar a nuestros días– y se prodiga en ilustraciones de revistas y libros. Sobre todos estos temas, como si de la ciudad misma se tratara, se enseorea San Rafael. En la obra de aquella época aceituneros, costaleros o toreros son arcángeles descendidos de las torres y los triunfos de Córdoba para exhibirse a ras del pavimento en plazas amplias, urbanísticamente florentinas, en las que siguiendo la pauta de Julio Romero de Torres, la Mezquita, la Puerta del Puente o la casa solariega de los Páez de Castillejo, pueden haber cambiado de sitio y han reemplazado con toda dignidad al Duomo, la Loggia de la Señoría o el Palacio Pitti. Estos Rafaeles, rondadores de la Córdoba soñada del pintor, son en definitiva la reinterpretación de Juan Hidalgo de los *Kuroi* clásicos, alevines insultantemente jóvenes y hermosos de una raza que se empeñó en mejorar la obra de los dioses idealizando la realidad y, desde el Ática, la Argólida o el Peloponeso, sentó las bases estéticas de Occidente con unos parámetros que tienen vigencia en la obra de nuestro pintor.



Juan Hidalgo y Ángel Aroca en el estudio del artista, situado en el barrio de *San Basilio*. Foto: Piedad Aroca

Los artistas andaluces –alguna vez lo he dicho– padecen de seducción por la belleza, lo que ha tendido a generar una pandemia que sublima el arte andaluz. No cabe duda de que, pese a lo dramático del momento, los cristos de Martínez Montañés –*El Lisipo Andaluz*– son apolos crucificados, pues la contención tardomanierista frena el desbordamiento barroco. Es natural que la pintura de Juan Hidalgo, andaluz impregnado del clasicismo de la antigua capital de la Bética y transeúnte en Úbeda por la geografía arquitectónica de Andrés de Vandelvira, tenga un poso clásico que ha evolucionado con el paso de los años.

Los *Kuroi* son una constante en la temática de nuestro artista. Los toreros, aceituneros o arcángeles rondadores de los años 80, son hoy muchachos

campiñeses que salen de caza al alba, sueltan palomas o juegan al villar, pero que tampoco desdennan tomar el costal para abrazar la trabajadera. No obstante, en la producción de su etapa de madurez aparecen asuntos que, aunque han tenido desarrollo en sus dibujos, se nos ofrecen como novedad en el lienzo, es el caso del desnudo femenino, por citar un ejemplo. Se advierte así mismo un aumento notable del número de personajes que conforman las escenas.

Juan Hidalgo ha cultivado siempre el retrato –en la muestra aparecen dos antiguos: *Autorretrato* y *Rocío*–, pero en los últimos años ha modificado el concepto. Quizá porque la mayoría han nacido para integrarse en una galería institucional, el maestro se ha decantado por un retrato idealizante e intempon-



Juan Hidalgo, *San Rafael Arcángel*, técnica mixta / tabla, 65 x 54 cm.

ral, en el que aparecen elementos parlantes alusivos a la actividad y aficiones del efigiado. Éste, con independencia de su aspecto actual –que es mera anécdota para el pintor– y salvaguardando el parecido físico, suele aparecer en la flor de la edad y con la elegancia y apostura que conviene al cargo que ostenta. Uno de estos retratos, el *de José Cosano Moyano*, también integra la exposición.

En cualquier caso, el mayor cambio lo advertimos en la técnica suelta del artista, en la precisión de la pincelada para lograr el objetivo perseguido con una economía encomiable. Distinto es así mismo el tratamiento del color, pues, aunque mantiene en esencia su gama cromática, ahora la aplica con una valentía que es hija de la seguridad que da el oficio. Es éste también el que le lleva a aventurarse en atrevidas desproporciones que acentúan la fuerza expresiva de unos personajes que tienden a desbordarse por el lienzo llenándolo, fundiéndose con

el fondo mínimo en el que apenas queda espacio para la alusión paisajística. En estas composiciones complejas, clásicas en esencia pese a sus puntuales y atinados recursos expresivos, no fía al azar la caída de las telas y se ayuda de la grisalla para esculpir desnudos esenciales que habrán de ofrecer soporte natural a los ropajes.

Sin desdeñar la obra precedente, valiosa en sí y que además cimenta la actual, me confieso devoto del pintor que pinta con el júbilo de la jubilación. En estos quince años Juan Hidalgo se ha dedicado exclusivamente a pintar y lo ha hecho con fruición. No hay como trabajar en lo que nos gusta y poder hacerlo a todas horas. Tiene predicamento la idea de que el creador concibe sus obras mejores en la juventud, si bien las realiza en su etapa de madurez, cuando el oficio bien aprendido le brinda los recursos precisos para llevarlas a cabo. Nuestro pintor ha alcanzado la plenitud de su arte y es natural que ahora afloren los mejores destellos de su producción.

A lo largo de la Historia el Arte se ha debatido entre salvaguardar la forma o dar rienda suelta a la expresión. En la obra de madurez de nuestro artista, que es la que mayoritariamente se exhibe hoy en la sala de la Fundación Cajasol, éste ha tratado de superar el referido litigio. Es evidente que su obra actual es más expresiva que la de sus etapas de formación y juventud, pero tales destellos no han ido en detrimento de la belleza formal, que ópticamente aparece casi intacta. Las desproporciones e incluso deformaciones que hay en sus lienzos, aunque ocasionalmente tengan presencia en los primeros planos –es el caso de la mueca de agotamiento de un costalero–, tienden a desarrollarse en los personajes agrisados de los planos que se funden con el fondo. A primera vista, antes de que el ojo del espectador pueda entrar en detalles, son la sección aurea y el canon clásico los que se enseñorean en las telas, dando testimonio de la referida seducción por la belleza que suele aquejar a los maestros andaluces.

Aunque Juan Hidalgo del Moral no ha dejado nunca de pintar y ha participado en exposiciones colectivas



Foto: Piedad Aroca

siempre que le han pedido obra, lleva décadas sin mostrarnos el fruto de su trabajo en una muestra individual. Viendo los lienzos acumulados en su estudio y la calidad de los mismos sus amigos hemos intentado, varias veces y en vano, que saliera de su mutismo expositivo, pero su norte inmediato y acuciante sólo ha sido pintar. Pienso que en el maestro concurren varios motivos conectados entre sí que han propiciado su larga ausencia de las salas, pues se trata de un hombre discreto, perfeccionista, respetuoso con los demás y de una humildad inusual.

En las reuniones de amigos Juan Hidalgo del Moral siempre escucha, no trata de imponer sus ideas y rehúye sistemáticamente la notoriedad: jamás habla de sí ni de sus logros en el terreno artístico. Tal forma de ser se traduce en el plano público en un rechazo al protagonismo rayano en el pánico escénico. Si a esta sencillez consustancial añadimos el anhelo de perfección que le impulsa al chequeo periódico de sus cuadros y su profundo respeto por Córdoba y

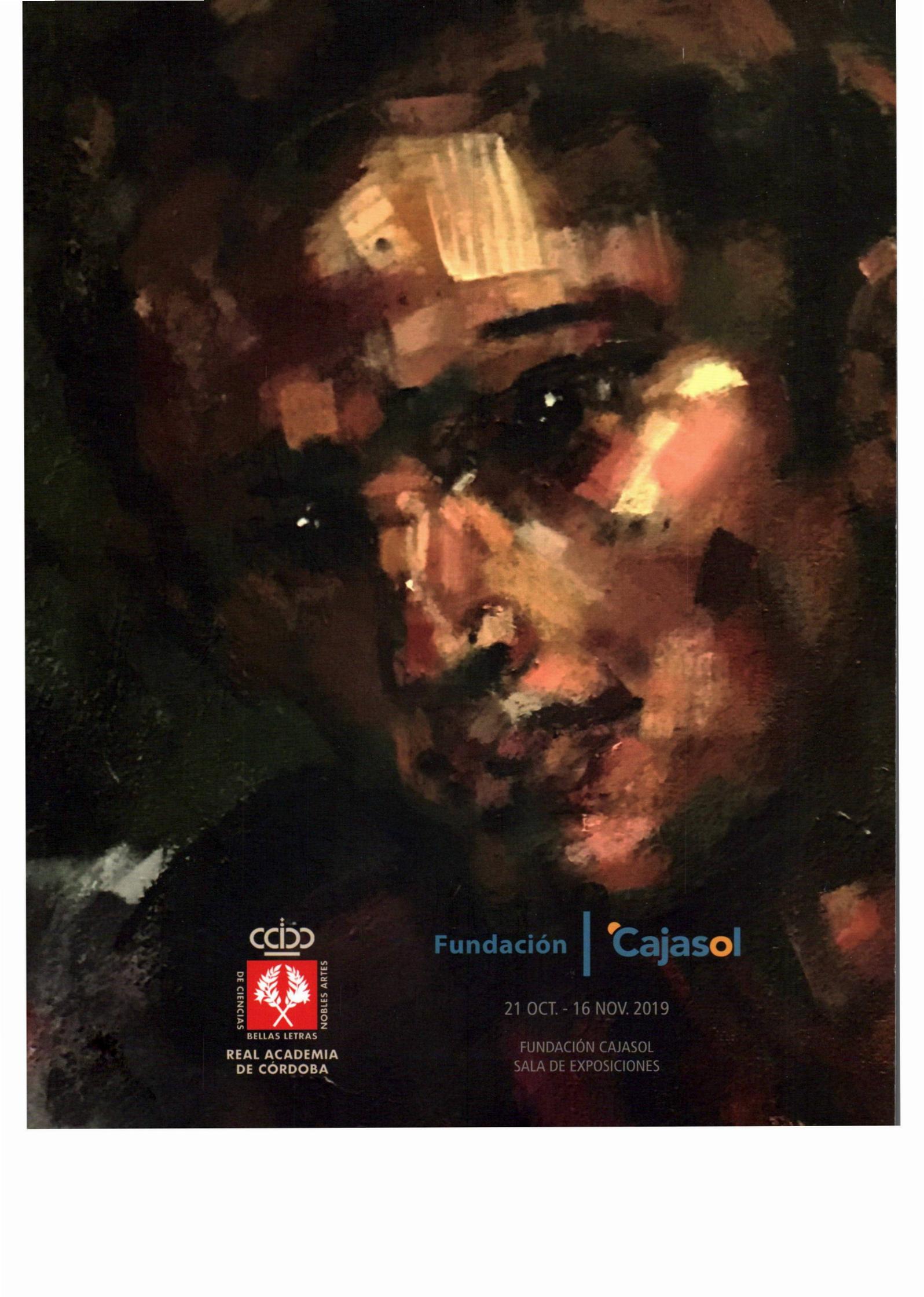
los cordobeses, se entiende el por qué de la sequía expositiva a que nos ha sometido.

Efectivamente, Juan Hidalgo no es pintor que pinta para mostrar su obra, lo hace por una necesidad instintiva y sólo busca la autocomplacencia. Su preocupación no es concluir el lienzo que ha de completar la próxima exposición, sino entresacar de su amplia producción aquellas obras que estima dignas de ser sometidas al juicio del público. Sus reticencias a prodigarse son hijas del pundonor, la reflexión y el respeto a los demás.

Quienes anhelamos ver sus obras en un espacio público agradecemos que el maestro haya decidido al fin complacernos con la muestra de la sala de la Fundación Cajasol. Auguro que ésta será un regalo para los visitantes y una grata sorpresa para cuantos no han seguido la trayectoria del artista en los últimos años, pues no cabe duda de que la espera ha valido la pena.



Juan Hidalgo, *Plaza de Jerónimo Páez*, ilustración para la edición *Las Fuentes de Córdoba*, 1987



ccib  
DE CIENCIAS  
BELLAS LETRAS  
NOBLES ARTES  
REAL ACADEMIA  
DE CÓRDOBA

Fundación | Cajasol

21 OCT. - 16 NOV. 2019

FUNDACIÓN CAJASOL  
SALA DE EXPOSICIONES